

de mi barba se me ha chamuscado; y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

— No hagas tal, — respondió D. Quijote; — y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, á quien llevaron los diablos

1. ...y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

— No hagas tal, — respondió D. Quijote; — y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba. —

Este nigromante, mago, hechicero, brujo, entregado al espíritu de las tinieblas (pero, hay que decirlo, hombre docto), nació, á lo que se sabe, en un pueblo del obispado de Cuenca; y, pasando á Roma á la edad de 15 años, sirvió allí en calidad de paje á Monseñor Francisco Soderini, obispo de Volterra y más tarde cardenal.

Apasionado amante de la magia y de las ciencias ocultas, el Dr. Eugenio Torralba jamás hubiera adquirido la popularidad de que goza, y gozará mientras haya lengua castellana, si la pluma de Cervantes no le hubiese inmortalizado en esta página de su *Don Quijote*.

Olvidándose el joven Torralba del *non plus sapere quam oportet sapere*, consagróse en Roma con tan loca afición al estudio de la medicina y de la filosofía, que hubo de contagiarse de las opiniones de Pomponazzi acerca de la inmortalidad del alma.

Restituido á nuestra patria, anduvo algún tiempo en la corte del Rey Católico y de Carlos I. Bien pronto el ansia de notoriedad le llevó á las más célebres universidades de Europa. Volvió á Roma, donde curó á un fraile dominico, quien tenía á su servicio, pero sin pacto ni concierto alguno, á un espíritu bueno llamado Zequiel, cuyo religioso, en recompensa de su curación, puso á disposición del Dr. Torralba dicho espíritu, gran sabidor de las cosas ocultas, que cuando le placía las revelaba á sus amigos.

Éste, según frase feliz, se le apareció, cual Mefistófeles á Fausto, en forma de joven gallardo, y blanco de color, vestido de rojo y negro, y le dijo: «Yo seré tu servidor mientras viva.» Desde entonces le visitaba con frecuencia, y le hablaba en latín ó en italiano; y, como espíritu de bien, jamás le aconsejaba cosa contra la fe cristiana ni la moral (1). Le reveló el secreto de los más raros medicamentos; y, vaticinándole lo futuro, salvó la vida á muchos, habló de personas y cosas que decía ver, á través de los aires, en distintos lugares, no sin enseñarle á cruzar el espacio con vertiginosa rapidez, caballero en una caña ó en un palo fludoso. Resuelto de este modo el problema de la navegación aérea, cuentan haberse presentado Torralba, entre 1519 y 20, en la capital de la Cristiandad, de lo que quedó asombrado el Cardenal Volterra y otros muchos amigos; por lo cual *cuenta* que solicitaron de él, con grandes instancias, les cediese su genio tutelar.

Con ser tantas las extravagancias del *licenciado* Torralba, como le llama Cervantes, todavía se dió traza para que la risueña viuda de Portugal, D.<sup>a</sup> Leonor, le tuviese por su médico. Pero lleguemos á la escena culminante, dejando á un lado lo que ocurrió con Tomás Silva de Salcedo, con Moragano, con la Rosales y con el mismo Cardenal Cisneros.

(1) «Sin embargo, consintió en dar á Camilo Rufini, amigo de Torralba, cierta cédula con palabras mágicas, para que ganase en el juego, y una cédula escrita con sangre de murciélago, para que la usase al mismo propósito D. Diego de Zúñiga.» (*Los heterodoxos españoles*, t. II, pág. 660.)

en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso<sup>a</sup> y asalto y muerte de

a. ...el cafo y afalto. BAR. — ...el fracaso del asalto. ARG.

Habiendo sabido, por mediación de Zequiel, que Roma sería asaltada el 6 de Mayo de 1527 por las tropas del Emperador, rogó que le trasladase orillas del Tiber, para ser testigo ocular de los acontecimientos.

El día 5, á las once de la noche, estando en las márgenes del Pisuerga, al pie de Valladolid, aquel espíritu que le guiaba en todos sus pasos dió á Torralba un palo lleno de nudos, le mandó se tapase los ojos; y una hora más tarde, hecho el cómputo del cuadrante con el reloj de Santángelo, Torralba se encontró al pie de la cárcel llamada *Torre de Nona*, recorrió las calles; y luego, al amanecer, presenció como volaban los soldados del Duque de Borbón á la muralla, con tanto denuedo y furia, que parecían tenerla ya echada en tierra, como si no hubiese quien la defendiera. Allí vió como, andando el Duque entre los españoles, fué herido de un mosquetazo, de tal manera, que luego cayó en tierra, muriendo pasada una hora, y que entonces, acrecentándose en los soldados el enojo y la indignación, al grito de *¡España imperio!*, ganaron lo más alto de los muros, clavando en ellos sus banderas vencedoras, con lo que, saltando dentro, se hicieron dueños del Burgo, y como los alemanes, rompieron al punto el postigo de la ciudad, entraron furiosamente combatiendo.

Vuelto á España, contó, sin recato ni melindre, cuantos horrores y crueldades creía haber visto. Tales audacias despertaron sospechas de brujería contra él, habiéndole delatado á la Inquisición su amigo D. Diego de Zúñiga y como, por otra parte, añade uno de sus historiadores, lejos de ocultar sus nigromancias, hacía público alarde de ellas, no fué difícil encontrar testigos: la Inquisición de Cuenca mandó prenderle.

Pellicer, en el t. VI de su *Quijote*, nota n.º 120, pág. 436, extracta la declaración de Torralba:

«Preguntado si el dicho espíritu Zequiel le había trasportado corporalmente en alguna parte, y de la manera que le lleva, dixo que estando en Valladolid el mes de Mayo proximo pasado (del año 1527), habiéndole visto y dicho el dicho Zequiel de como aquella hora era entrada Roma y saqueada, se lo dixo, y el se lo dixo á algunas personas, y lo supo el Emperador; pero el mismo no lo creyó; y la noche siguiente, viendo que no quería creer nada, le persuadió que fuese con el, y que el lo llevaría á Roma, y lo volvería la misma noche. Y así fué que los dos salieron á las cuatro horas de la noche, paseándose hasta fuera de la villa de Valladolid, y estando fuera le dixo el dicho Espíritu: *no haber pausa: fídate de me; que yo te prometo que no tendrás ningún desplacer: per tanto figlia aquesto in mano*: y á el le pareció que cuando lo tomó en la mano, era un leño fludoso; y dixole el Espíritu: *cierra ochi*. Y cuando los abrió, le pareció ser tan cerca de la mar, que con la mano le podría tomar, y despues le pareció cuando abrió los ojos ver una grande escuridad á manera de nube, y despues un resplandor, donde hubo un gran miedo y temor, y el dicho Espíritu le dixo: *noli timere, bestia fera*, y así lo hizo el; y cuando se acordó por espacio de media hora se halló en Roma en el suelo. Y le demandó el Espíritu: *dove pensate che state adesso?* Y el le dixo: que estaba en torre de Nona, y allí oyó que dió el reloj del castillo de Sant Angel las cinco horas de la noche; y así fueron los dos paseando y hablando hasta Torre Sant

Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que, cuando iba por el aire, le<sup>a</sup> mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna,

a. ...el aire mando. BAR.

Genian, donde vivía el obispo Copis, tudesco (ó aleman) y vido saquear muchas casas y vido y sintió todo lo que en Roma pasaba, y de allí se tornó de la manera que dicho tiene por espacio de hora y media hasta Valladolid, que le tornó á su posada, que es cerca del monasterio de San Benito etc. »

De aquí se colige que Cervantes, en la relación de este cuento (al cual por ironía llama verdadero), siguió la fama que corría entre el vulgo, y que no vió el proceso; de donde resulta que este Licenciado embaidor no volvió de Roma á Madrid, sino de Roma á Valladolid, de donde había salido; que no tardó en el viaje doce horas, como dice Cervantes, y que, cuando abrió los ojos, no se vió cerca del cuerpo de la luna, sino tan cerca del mar que la podía tomar con la mano.

Una copia del proceso de este reo, sentenciado por iluso y por imbuido en algunos errores en 6 de Mayo de 1531, se conserva en la Real Biblioteca, est. X, cod. 87.

Casos análogos al muy ruidoso del licenciado Torralba hay en nuestra historia. Refiere Torquemada (1) lo siguiente:

«Estando yo estudiando llegose a mi compañía vn mancebo estudiante, y tan abil, que oyendo medecina vino a ser medico de nuestro Emperador Carlos Quinto, y viniendo a proposito me dixo, y afirmo con grandes juramentos, que estando en la villa de Guadalupe oyendo gramatica en aquel monasterio, se salio vn dia en la tarde a holgar por el campo, y vio venir por vn camino vn hombre en habito de religioso, el qual traya vn cauallito tan flaco, y al parecer tan cansado que a penas se podía tener en los pies, y llegando a el le dixo gentil hombre quereys me hazer tanto plazer que os llegueys por mi a la villa, y me compreys alguna cosa para cenar porque yo no puedo por algunas causas entrar agora dentro, y agradesceros he mucho que tomeys por mi este trabajo. El estudiante le respondió, que de muy buena voluntad, y assi le dio dineros, y fue, y traxo todo recaudo, conforme a lo que le pidió: y el hombre tendiendo vn manto, o manteo, y vn paño encima se puso a cenar en vn prado, y hizo el estudiante por fuerça que comiesse con el, y estando hablando en algunas cosas, el estudiante le preguntó que para donde caminaua, y el le respondió que para Granada, y el estudiante le torno a dezir, yo pienso partirme muy presto para alla a ver a mi madre que viue en aquella ciudad, y ha mucho tiempo que no la he visto, ni sabido della el caminante le dixo, pues si vos os quereys yr agora en mi compañía, yo os hare la costa, y os lleuare de manera que a penas sintays el camino: pero ha de ser con condicion que luego nos partamos, que yo no me puedo detener. El estudiante que no era rico, sino tan pobre que si hauia dexado de yrse, era por no tener dinero para el camino, accepto de buena voluntad el offrescimiento, rogándole que le esperasse solamente quanto se llegaua a despedirse de las personas a quien tenia obligacion, y tomaua vnas camisas, y dexaua a racaudo vnos libros: y assi fue, y boluio con muy gran presteza, pero ya era

(1) *Jardin de flores curiosas*, pág. 288. — Amberes, 1575.

que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubriros, que, el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de

a. ...cargo, el ara cuenta. TOX.

la noche cerrada, y importunaua le que se quedassen hasta la mañana: el pasajero dixo que antes era mejor caminar toda la noche, y descansar por el dia, pues hazia tan gran calor: por que esto era en el mes de Junio, y assi el vno a cauallito, y el otro a pie començaron su camino contando cuentos, y tratando algunas cosas, y auiendo vn rato que yuan de esta manera, el caminante començo a importunarle que se subiesse a las ancas del rocín: y el estudiante riendose dello le dixo, no se yo si podra lleuar a si segun esta flaco y perdido con los quadriles de fuera, quanto mas menearse con dos personas encima. El otro le respondió, no le conoceys bien, que no ay tal bestia en el mundo, y assi como esta no la daria por ningun precio, y en fin porfio tanto con el estudiante que subio en el rocín, el qual començo a caminar tambien, y tan llano que le lleuaua marauillado de su velocidad: el buen hombre no hazia sino dezirle, que parecia de su rocín, y que no se durmiesse, que muy bien duraria en aquel andar hasta la mañana, y con esto caminaron hasta que començo a parecer el dia que el estudiante vio vna tierra muy buena, llena de muy grandes huertas y arboledas, y vna ciudad muy populosa adelante y preguntó a su companero que adonde estauan el le dixo que en la vega de Granada, y que aquella era la ciudad, que lo que le rogaua en pago de la buena obra que le auia hecho, era que ninguna persona lo supiesse ni dixesse ninguna cosa de lo que con el y con su cauallito le auia acaescido, y que el podría yr de allí adonde quisiesse: porque el auia de yr por otro camino. El estudiante se despidió del, y se fue ala ciudad muy marauillado de auer caminado tantas leguas en vna noche, y considerando que en aquel rocín venia metido algun demonio, que de otra manera fuera imposible hazerlo.

*Ber.* Claro esta que essa no podía ser sino obra del diablo: y otra semejante que essa podre yo contar, que segun vn amigo de los que aquí estamos me conto, passo muy de cierto, y fue, que yendo camino de la mesma ciudad de Granada, que aueys dicho, su padre y otro con el partieron de Valladolid, y passando la villa de Olmedo toparon vn caminante que les dixo yr el mesmo camino, y que si eran contentos que todos podrian yr juntos en compañía: ellos holgaron dello, y assi començaron a caminar contando muchas cosas de entretenimiento, y passatiempo, y como ouiessem caminado dos o tres leguas el que se junto con ellos les persuadió a que se apeassen en vn prado que estaua en el camino al parecer muy deleytoso, y allí tendiendo vn manto grande que lleuaua, de manera que no quedo arruga ninguna en el, saco prouision para comer, y lo mesmo hizieron los otros y tendiendose todos sobre el manto, y assi mismo dos moços que yuan con ellos, hizo que llegassen tanto las bestias, que tambien pusieron los pies y manos en la mesma ropa y merendando muy asu plazer, y tratando de muchas cosas que les dauan gusto, se detuieron vn gran rato sin sentirlo, y despues dando priessa a los moços que les diessen las bestias, el caminante les dixo, señores no os fatigueys tanto por caminar, que bien podreys oy llegar a buena ora a Granada, y entonces les mostro la ciudad no vn quarto de legua dellos, de que no poco quedaron marauillados, y diziendoles que diessen las gracias a su manteo, les rogo que

una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza para cogerla, por más que se remonte; y, aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

5 — No sé lo<sup>a</sup> que es, — respondió Sancho Panza<sup>b</sup>: — sólo sé decir que, si la señora Magallanes, ó Magalona, se contentó destas ancas<sup>c</sup>, que no debía ser muy tierna de carnes.»

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y, queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por 10 la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas; y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió<sup>d</sup> con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

15 En este tiempo ya se habían<sup>e</sup> desaparecido<sup>f</sup> del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del

a. ...no sé la hora que es. ARG. 1. —  
b. ...Sancho, folo. V. 3, BAR. = c. ...def-  
tas ancas que. C. 4, BR. 4, BOW. = d. ...y  
dió antes con. ARG. 1. 2, BENJ. = e. ...ha-  
bia. BR. 3, TON. 1, A. 1. 2, PELL., ARR., CL.,  
RIV., FK. = f. ...desaparecido. TON.

nadie supiese lo que auia pasado, y ellos se lo prometieron, y assi se apartaron allí los vnos de los otros, y el se fue por otro diferente camino.

*Luis.* Dos cosas son las que se han dicho bien notables, pero si como dezis, los demonios no obstante que perdieron la gracia, no por eso perdieron la naturaleza, no es menos poder y fuerza la que tienen, si estan en libertad y no ligada para poder obrar que la de los angeles buenos: y assi como el angel lleuo por vn cabello al Propheta Abacuch que estaua en Iudea, y lo puso en Babylonia en el lago de los leones, donde estaua Daniel, pudo tambien el demonio lleuar esos hombres en vna hora tan largo camino como ay de Olmedo a Granada, y desta manera pienso yo que lleuan tambien a los hombres y mugeres que llaman bruxos, y bruxas, y los ponen adonde quieren.»

Aquella otra historieta del obispo de Jaén, á saber, «que fué á Roma en una noche, caballero sobre la espalda de un diablo; que llegó con el sombrero cubierto de la nieve que le habia caído al pasar los Alpes; y que, yendo por encima del mar, el diablo intentó hacerle pronunciar el nombre de Jesús para dejarle caer, pero, conociéndolo el obispo, le dijo: *arre diablo*»; es narración fabulosa que Feijóo, *inquisidor general* (llamémosle asi) de preocupaciones, la puso en el *inri*, como puede verse leyendo la carta XXII, inserta en el t. II, pág. 268, edición de 1750.

15. *En este tiempo ya se habían desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo.* — Diríase hoy: «Ya en este tiempo habia desaparecido del jardín, la Trifaldi y todo, el barbado escuadrón de las dueñas.»

Dejemos tan ruin comentario, para levantar el sentido á consideración más alta. Este burlesco holgorio, que pudo acabar en daño de D. Quijote y su

jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y, mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció 5 más su admiración cuando á un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y, pendiente della y de dos cordones de seda verde, un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El inclito<sup>a</sup> caballero D. Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi (por otro nombre llamada *la* 10 *Dueña Dolorida*) y compañía, con sólo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes D. Clavijo y Antonomasia en su pristino estado; y, cuando se cum- 15 pliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores.»

Habiendo, pues, D. Quijote leído las letras del pergamino, claro 20 entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y, dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las vene-

a. *El inclito y valeroso cauallero.* BR. 4, TON.

escudero, viene á probar que los Duques no estaban á dos dedos de parecer tontos; y (en paz sea dicho) lo eran en efecto, con sus puntas y collares de malos, aunque no lo declare paladinamente Cide Hamete Benengeli.

2. *...y, mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín.* — Este pasarse de suceso tan raro como el que acababa de acontecer, es hecho muy natural en el caso presente, y que el historiador arábigo no pudo menos de consignar. El traductor, al trasladarlo á nuestra lengua, acertó á expresarlo con el término más propio y adecuado, con el que se retrata exactamente el espanto, con la voz *atónito*. No de otra suerte procedieron nuestros clásicos, mas con la diferencia que hay entre lo fantástico y lo real:

«Asimismo, cuando pone los ojos en el misterio de nuestra redempcion, queda como *atónito* de ver cómo aquella altísima é incomprendible Magestad, quiso vestirse de nuestra carne y conversar en la tierra con los hombres.» (GRANADA. *Del Símbolo de la Fé*, II, 32.)

«Quedaron *atónitos* los indios de ver posible aquel destrozo; y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fué convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos.» (SOLÍS. *Conquista de Méjico*, I, 15.)

rables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habían vuelto en sí, y, trabando de la mano al Duque, le dijo: «— Ea, buen<sup>a</sup> señor, buen ánimo, buen ánimo<sup>b</sup>, que todo es nada: la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.»

5 El Duque, poco á poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se<sup>c</sup> podían dar á entender haberles  
10 acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si  
15 era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que, así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le había ido en aquel  
20 largo viaje.

Á lo cual Sancho respondió: «— Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió. Mas yo, que tengo no sé qué

a. Ea gran Señor. ARG.<sup>1,2</sup>, BENJ. — c. ...que á cualquiera podían dar. ARG.<sup>1</sup>.  
b. ...buen amigo, que todo. V.<sup>3</sup>, BAR. — — ...que fácilmente podían dar. ARG.<sup>2</sup>,  
...señor buen ánimo, que todo. ARR. — BENJ.

4. ...la aventura es ya acabada sin daño de barras. — «Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daño de barras.» (Coloquio de los perros.)

«Estuve avizorando por todo aquello si podría sacar aquella prenda sin costas ni daño de barras.» (ALEMÁN. Vida de Guzman de Alfarache, fol. 305.)

Sin daño ó peligro propio, ó ajeno, es la significación que tal modo de decir tiene en uno y otros ejemplos.

12. ...diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. — Apócope de bueno, el adjetivo del texto se ve usado en una y otra forma:

«Aquí yace D. Juan Mate de Luna... el cual fué muy bueno en la de Tarifa.» (ARGOTE. Sucesion de los Manueles.)

«Caballero que fuese muy honrado, y muy bueno en armas.» (ALONSO DE CARTAGENA. Doctrinal de Caballeros, tit. III.)

briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y<sup>a</sup> impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices, aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco  
5 mayores que avellanas: por que se vea cuán altos debíamos de ir entonces.»

Á esto dijo la Duquesa: «— Sancho amigo, mirad lo que decís, que, á lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un  
10 grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

— Así es verdad, — respondió Sancho; — pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

— Mirad, Sancho, — dijo la Duquesa, — que por un ladito no  
15 se ve el todo de lo que se mira.

— Yo no sé esas miradas, — replicó Sancho: — sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos<sup>b</sup> por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara. Y, si esto no se me cree,  
20 tampoco creará vuesa merced como, descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por<sup>c</sup> parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fui en  
25 mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y<sup>d</sup>, si no la<sup>e</sup> cumpliera, me parece que

a. ...estorbe é impide. BR.<sup>3</sup>, TON., GASP. — b. ...pues volamos por. TON. — d. ...rato que si. ARG.<sup>1,2</sup>, BENJ. — e. ...no le cumpliera. C.<sup>4</sup>, V.<sup>3</sup>, BR.<sup>4</sup>, BAR., BOW.  
c. ...por la parte. ARG.<sup>1,2</sup>, BENJ. — — ...no lo cumpliera. BR.<sup>3</sup>, TON.

3. ...aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí mire hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza. — «Aquí se volvió á olvidar Cervantes de que el viaje había sido de noche.» — No tal, señor Clemencin! U. es quien olvidó que Sancho estaba mintiendo desde el principio de su relacion; y que por lo fantástico del asunto bien puede suponerse que fué de día... ¿Por qué no dice U. que Cervantes se equivocó cuando el escudero contaba cosas del cielo sin haber subido una pulgada de la tierra, y que lo de la region del fuego, del aire, etc., eran las llamas y el fuelle que les aplicaban al rostro los risueños lacayos y Duques? — Sancho mismo da la respuesta, cuando dice que «todo fué por via de encantamiento». (URDANETA. Obra citada, pág. 596.)

reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

— Y, en tanto que el buen<sup>a</sup> Sancho se entretenía con las cabras, — preguntó el Duque, — ¿en qué se entretenía el señor<sup>b</sup> D. Quijote? »

Á lo que D. Quijote respondió: « — Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las<sup>c</sup> arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y

a. ...que Sancho. V.3, BAR. — b. ...entretenia Don Quijote. V.3, BAR. — c. ...ni vi cielo, ni tierra, ni mar, ni arenas. V.3. — ...ni vi cielo, ni tierra, mar, ni arenas. BAR.

1. Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño. — No sin fundamento sostenemos que acaso no se encuentren en toda nuestra literatura, cuán extensa es, tres escritores que, como Cervantes, sean constantemente dechado de gracia y donosura en el decir. ¿Qué encanto el de ese *bonita y pasitamente!* ¿Lo tienen igual los ejemplos que ahora transcribimos?

«Suspenseo estuvo de ver semejante caso, y por dos ó tres veces vacilando si con su espada daría fin á sus vidas. Pero el amor de Brasilda le convenció, que no hizo sino *bonitamente* tomar su joyel que estaba debajo del almohada.» (*El Patrañuelo*, patraña VIII. «Biblioteca de Autores españoles», t. III, pág. 142.)

«...vi á la tal señora; y creyendo yo *bonitamente* que debía de ser recién casada, y que aquella era sin duda la más rica gala de novia, se lo dije á un mercader muy conocido que estaba junto á mí. El mercader se rió mucho, y me respondió c'aquello no era gala, sino un hábito de Jesus Nazareno que s'había hechado la señora en cumplimiento de una promesa.» (P. ISLA. *Fray Gerundio*, cap. 9, lib. V.)

«El joven, temeroso  
De que tal vez le diese  
Con el fiero garrote  
Que por cayado tiene,  
Sin chistar mas palabra  
Huyó *bonitamente*.  
Marchaba pensativo,  
Cuando quiso la suerte  
Que cogiendo bellotas  
A la pastora viese.»

(SAMANIEGO. *Fábulas*. «Biblioteca de Autores españoles», t. LXI, pág. 391.)

la última región del aire, no podíamos llegar al cielo, donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos. Y, pues no nos asuramos<sup>a</sup>, ó Sancho miente ó Sancho sueña.

— Ni miento ni sueño, — respondió Sancho: — si no, preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.

— Dígalas, pues, Sancho, — dijo la Duquesa.

— Son, — respondió Sancho, — las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

— Nueva manera de cabras es esa, — dijo el Duque; — y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores... digo, cabras de tales colores.

— Bien claro está eso, — dijo Sancho: — sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.

— Decíme, Sancho, — preguntó el Duque: — ¿vistes allá<sup>b</sup>, entre esas cabras, algún cabrón?

— No, señor, — respondió Sancho; — pero oí decir que ninguno pasaba de los<sup>c</sup> cuernos de la luna. »

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolución, este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió

a. ...nos abraamos ó. TON. — b. ...alla en entre esas. C.4. — c. ...pasaba de Cuernos. BAR.

15. ...¿vistes allá, entre esas cabras, algún cabrón?

— No, señor, — respondió Sancho; — pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. —

La contestación del escudero corre parejas con aquellos últimos versos de la composición de Villamediana dedicada á D. Pedro Vergel, alguacil de corte:

«De estos peligros externos,  
Cuál sea el más grande ignoro;  
Verse en los cuernos del toro,  
Ó en el toro de los cuernos.  
En ocasion oportuna  
Anduviste, Vergel, hombre,  
Y colocaste tu nombre  
En los cuernos de la luna.»

(«Biblioteca de Autores españoles», t. XLII, pág. 165.)

19. ...les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos. — Llevar unc, ó una cosa, *hilo*, indica, en estilo familiar, llevar traza ó camino de seguir una conversación ú otra cosa por mucho tiempo sin interrumpirla.

que reir á los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera. Y, llegándose D. Quijote á Sancho al oído, le dijo: «— Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo<sup>a</sup> quiero que vos me creáis á  
5 mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más.»

a. ...cielo, quiero. BAR.



## CAPÍTULO XLII

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas

CON el felice y gracioso<sup>a</sup> suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar 5 con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y, así, habiendo dado la traza y órdenes

a. ...y glorioso suceso. TOR.

Si se cotejan, en el diálogo de *Mercurio y Caron* (1), los consejos que un rey llamado Polidoro da á su hijo con los que Ciro poco antes de morir dirige á los suyos (2), y juntamente estos de D. Quijote á Sancho, se echará de ver que los del rey de Persia son como el ideal abstracto de la perfección bélica y política que ha de tener un príncipe; y los de Juan de Valdés, ó, por mejor decir, los del testamento que hace el rey del diálogo, son de oro todas sus sentencias, sin que por ello nos atrevamos á sostener que los de las animadas páginas de este capítulo cedan en hermosura á los del ilustre conquense, ya que en éstos y en aquéllos corren parejas la riqueza de idiotismos, gracia del lenguaje y soltura del estilo. ¿Van á la par en la alteza del pensamiento? ¿Cabe parangonar la ingenuidad, la bondad de Sancho con el proceder del que, escarmentado y tocado por la gracia divina, vuelve al camino del bien? Además, ¿no hay aquí un como reflejo de los *Libros Sapienciales*?

«La principal parte de la buena gobernacion de tu reino va en que tú seas bueno. La segunda, en que tengas buenos ministros. Por eso, mira bien como provees oficios, beneficios y obispados.

Dice Platon no ser digno de admiracion sino el que la toma forzado y contra su voluntad. Nunca, pues, proveas tú de oficio, beneficio ni obispa-

(1) *Dos diálogos*, de JUAN DE VALDÉS. Londres, 1850, pág. 238.

(2) *Ciropedia*, lib. VIII.